

MOWGLI

Sobre «El libro de la selva» de Rudyard Kipling
Con ilustraciones de Virginia Piñón



DIRECCIÓN GENERAL DE
CULTURA Y EDUCACIÓN



GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE
BUENOS AIRES

Dirección General de Cultura y Educación

Mowgli ; Adaptado por Mirta Torres ; María Elena Cuter ; Ilustrado por Virginia Piñón. - 1a ed - La Plata : Dirección General de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires. Subsecretaría de Educación. Dirección Provincial de Educación Primaria, 2025.

40 p. : il. ; 21 x 30 cm.

ISBN 978-987-676-163-5

1. Libro para Niños. 2. Novelas de Aventuras. I. Torres, Mirta, adapt. II. Cuter, María Elena, adapt. III. Piñón, Virginia, ilus.

CDD A863

Adaptación: Cuter, María Elena y Kuperman, Cinthia

Ilustración: Virginia Piñón

Diagramación: Leicia Gotlibowski

Este material ha sido elaborado por la Dirección General de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires.

Ejemplar de distribución gratuita. Prohibida su venta.

PROVINCIA DE BUENOS AIRES

GOBERNADOR

Axel Kicillof

VICEGOBERNADORA

Verónica Magario

DIRECTOR GENERAL DE CULTURA Y EDUCACIÓN

Alberto Sileoni

JEFE DE GABINETE

Gustavo Alcaraz

SUBSECRETARIO DE EDUCACIÓN

Pablo Urquiza

DIRECTORA PROVINCIAL DE EDUCACIÓN PRIMARIA

Mirta Torres

DIRECTORA PROVINCIAL DE COMUNICACIÓN

Carla Tous



MOWGLI

El hermano de los lobos



Sobre «El libro de la selva»
de Rudyard Kipling

Ilustraciones de Virginia Piñón

Parte I

CAPÍTULO I

La familia de Mowgli

5

CAPÍTULO II

Los maestros de Mowgli

14

Parte II

CAPÍTULO III

Mowgli y los Bandar-Log

20

CAPÍTULO IV

Diez años después

30

Parte I

CAPÍTULO I

La familia de Mowgli

Personajes



AKELA,
el **Lobo Gris**, anciano
jefe de la manada



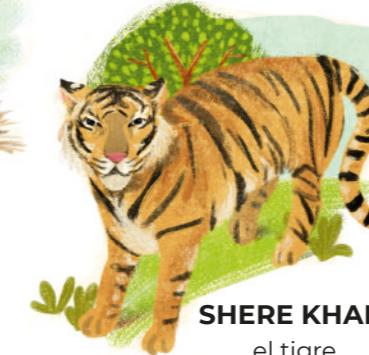
MOWGLY,
el cachorro de hombre
llamado **RANA**
o **RANITA**



PADRE LOBO
y **MADRE LOBA**



TABAQUI,
la hiena



SHERE KHAN,
el tigre



BALOO, el oso y **BAGHEERA**, la pantera

Oración de las fieras de la Selva

QUEREMOS SIEMPRE SER LIBRES,
CON LA FUERZA DESATADA.
QUE ABUNDE SIEMPRE LA CAZA
PARA CALMARNOS EL HAMBRE.

Las colinas parecían un horno. El Padre Lobo, que había pasado todo el día durmiendo, se despertó. Se rascó, bostezó y fue estirando primero una pata, después las otras. Se desperezaba.

La Madre Loba estaba echada. Su cabeza gris reposaba cariñosamente sobre los cuatro lobatos, unos cachorros indefensos y chillones.

Fuera de la cueva, brillaba la luna.

El Padre Lobo dijo: —¡Ajjj!, es hora de salir a cazar.

Se encaminó hacia afuera cuando observó una pequeña sombra ir y volver ante la cueva, balanceando una cola mullida.

—Es Tabaqui, la hiena —pensó Padre Lobo mientras se asomaba y escuchaba el tono quejoso de la voz de Tabaqui:

—Buena suerte, jefe de los lobos. Y que la misma suerte tengan siempre tus hijos.



En la Selva, los lobos desprecian a la hiena porque es chismosa, lleva rumores de un lado a otro y come sobras que recoge de cualquier hueco en que encuentra basura. La desprecian pero también le temen porque cuando Tabaqui se enfurece muerde todo lo que encuentra a su paso.



—Tabaqui —dijo Padre Lobo—, en mi cueva no hay comida.

—Seguramente no hay comida para un lobo —contestó la hiena—. Pero para un animal como yo, hasta un hueso reseco es un banquete.

Tabaqui se dirigió hacia el fondo de la cueva y encontró un hueso de ciervo. Todavía tenía algo de carne. Empezó a triturarlo relamiéndose de gusto. El enojo se reflejaba en la mirada de Madre Loba y de su pareja.

Luego, el chacal añadió escupiendo sus palabras:

—El Gran Shere Khan andará buscando presas en estas colinas hasta que cambie la luna.



Shere Khan era el tigre que ahora rondaba cerca del río, a pocos kilómetros de distancia.



—¿Por qué lo hace? —gritó furioso Padre Lobo—. De acuerdo con la Ley de la Selva, no puede cambiar su territorio de caza sin previo aviso. Espantará a las presas y tendré que trabajar el doble para encontrar alimento para mi familia.

—No olvidemos que Shere Khan es un tigre débil —dijo Madre Loba en voz baja—. Jamás ha sido capaz de matar otra cosa que animales domésticos. Por eso lo persiguen los campesinos de la ribera del río y huye hacia aquí.

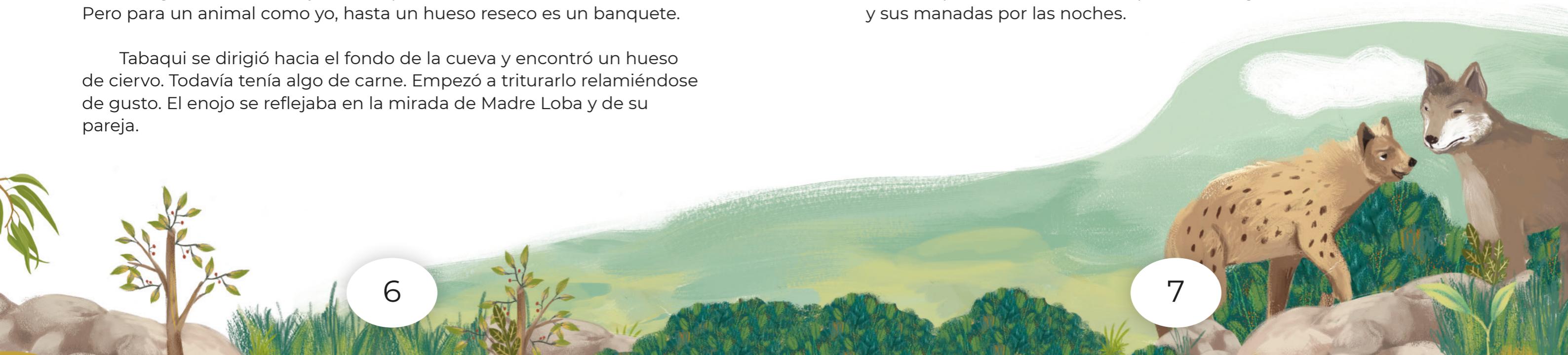
—Y nosotros —agregó Padre Lobo—, tendremos que huir con nuestros cachorros. Y se lo tendremos que agradecer a Shere Khan.

—Puedo transmitirle su agradecimiento —dijo Tabaqui riendo burlona—. ¡Escuchen! —agregó—, ya se oye desde aquí el rugido del tigre.

Padre Lobo escuchó con atención. En el fondo del valle se oía esa especie de lamento rabioso que emite el tigre cuando está hambriento.

—Atención —dijo Madre Loba—. Shere Khan ha oido al hombre y lo busca por toda la selva.

El lamento del tigre se había convertido en un ronquido, un ruido infernal que asustaba a los campesinos, obligados a cuidar sus rebaños y sus manadas por las noches.





La Ley de la Selva prohíbe a las fieras comer carne humana. Y hay una razón muy poderosa para hacerlo: si las fieras matan a un hombre, tarde o temprano los hombres invaden la selva, provocan incendios, atrapan a los cachorros, y todo es dolor y miedo.



Padre Lobo avanzó unos pasos hacia afuera de la caverna. En la maleza estaba Shere Khan gruñendo furiosamente.

—¡Shhh! Hay algo que sube por la colina —dijo Madre Loba orientando sus orejas en esa dirección.

Muy cerca crujieron los matorrales. Padre Lobo se agachó y se preparó para saltar. Lo que sucedió fue algo extraordinario: el lobo saltó y se lanzó al ataque contra algo desconocido que se acercaba. Pero cuando estaba en pleno salto, intentó detenerse y volvió a pisar tierra casi en el mismo lugar del que había salido.

—Un hombre —dijo disgustado—. Una cría humana. Mira.

Madre Loba vio a un niño apoyado en una rama baja. Apenas podía caminar, desnudo y moreno. Era hermoso.



Jamás se había presentado nada igual ante la cueva de un lobo. El niño los miró y se rio tranquilo, sin miedo alguno.

—Es la primera vez que veo un cachorro de hombre —dijo sorprendida Madre Loba—. Tráemelo.

Las dos mandíbulas de Padre Lobo se cerraron sobre la espalda del niño que, sin sufrir ni un rasguño, quedó colocado entre los cuatro lobatos.

—Pequeño atrevido —murmuró con dulzura Madre Loba.

El niño empujaba como un cachorro para acercarse al calor del cuerpo de la loba.

—Mira —exclamó ella—. Se alimenta con los demás.

—No tiene pelo —observó Padre Lobo—. Y está tan indefenso que si lo rozara con una pata, lo mataría. Y sin embargo, nos mira sin miedo.

La luz de la luna iluminaba el interior de la cueva. De repente todo quedó a oscuras.

Shere Khan había metido su gran cabeza por el hueco de la entrada.

Padre Lobo preguntó amablemente aunque sus ojos expresaban lo contrario:

—¿Qué deseas, Shere Khan?

—Mi presa, solo eso. Perseguía yo a sus padres pero han huido abandonando a su cachorro. Te exijo que me lo entregues.

—Los lobos —gritó Padre Lobo— solo obedecen al jefe de su manada. ¡El cachorro de hombre es nuestro!

—Reclamo mi derecho —respondió la fiera enfurecida—. ¿No sabes acaso que soy Shere Khan? —rugió el tigre.



Madre Loba se separó de sus lobatos y se acercó. Sus ojos brillaban como dos enormes luces verdes.

—La cría humana es mía. Nadie la matará. Y tú, fiero cazador, la verás corriendo con nuestra manada —dijo la loba con una voz extraña que sonaba como la de un demonio—. ¡Apártate de aquí!

Shere Khan se dio cuenta de que sería capaz de luchar con Padre Lobo. Pero sabía que pagaría con su vida si enfrentaba a Madre Loba. Ella estaba dispuesta a llegar hasta el final.

Se retiró con enorme disgusto de la entrada de la caverna.

Madre Loba se tumbó entre sus lobatos. Padre Lobo le dijo con aire preocupado:

—Si sigues con la firme decisión de quedarte con el cachorro humano, la manada tiene que saberlo.

—¡Por supuesto que me quedaré con él!

Y volviendo su mirada hacia el niño, le dijo:

—Y tú, Ranita, Mowgli, quédate quieto. Ya llegará el tiempo en que serás tú quien cace a Shere Khan.



En cuanto crecen los cachorros de lobo y pueden mantenerse de pie, su padre debe llevarlos al Consejo. De ese modo, los demás lobos los reconocen como integrantes de la manada. Desde ese momento, los lobatos pueden corretear por donde quieran.

Padre Lobo esperó a que los cachorros fueran capaces de caminar. Entonces, la noche en que se reunía toda la manada, los llevó al Consejo, junto con Mowgli y Madre Loba. El lugar era un monte rocoso, lleno de guijarros. El espacio era tan amplio que se podían reunir, bien protegidos, hasta cien lobos. Allí estaba Akela, el enorme Lobo Gris. Por su fuerza y su habilidad para cazar lo habían elegido jefe de la manada. Pero ya era muy viejo.

Cada madre empujaba hacia el centro del lugar a sus cachorros y Akela exclamaba:

—¡Lobos, miradlo bien!

Al final, Madre Loba sintió un escalofrío. Fue Padre Lobo quien acercó a Mowgli, la Rana. El cachorro humano se sentó en el centro y sonrió mientras jugaba con los guijarros que brillaban a la luz de la luna.

Akela no hizo un solo movimiento y volvió a gritar:
—¡Miradlo bien, lobos!



De pronto, se oyó un rugido detrás de las rocas. Era Shere Khan:
—Dénmelo. El cachorro humano es mío. Nada tiene que ver ese niño con los lobos.

—¿Quién defiende los derechos de este cachorro? —preguntó Akela.

El oso Baloo, siempre soñoliento, es el encargado de enseñar a los lobatos la Ley de la Selva. Por eso, podía asistir a las reuniones de la manada. Además, no estorbaba a ningún lobo porque solo come nueces, raíces y miel.

Se levantó Baloo sobre sus patas traseras y dijo:

—¿El cachorro humano? Quiero hablar en su favor. ¿Qué mal puede hacernos? Yo me encargaré de enseñarle.

—¿Quién sigue en el uso de la palabra? —volvió a preguntar Akela, el anciano jefe de la manada.

En aquel momento se deslizó hacia el centro del círculo una sombra. Era Bagheera, la pantera, negra de la cabeza a la cola. La luz brillaba sobre su piel. Todos le temían.

Su piel era tan suave como las plumas nuevas de las aves e hizo oír su voz dulce como una fruta madura.

—Quiero recordarles que hay una Ley en la Selva que permite comprar un cachorro por un precio justo —expresó Bagheera—. Ofrezco un toro, un animal enorme que acabo de cazar y que está cerca de aquí. Entrego el toro por la cría de hombre. ¿Están de acuerdo?

Se oyó un confuso clamor que decía:
—Una Rana como esta no puede perjudicar a la manada. Será uno más entre nosotros.

Entonces volvió a oírse el gruñido penetrante de Akela:
—¡Miradlo bien, lobos de la manada!

Mowgli estaba entretenido en sus juegos y no prestó atención cuando, uno por uno, se le fueron acercando los lobos. A medida que lo reconocían, se alejaban todos en busca del toro muerto.

Se quedaron solos Akela, Baloo, Bagheera y la familia de Mowgli.

—Llévatelo —dijo Akela a Padre Lobo—. Enséñale todo lo que debe saber un lobo.

Esta es la historia de cómo Mowgli entró a formar parte de la manada de los lobos.



CAPÍTULO II

Los maestros de Mowgli

Personajes



MOWGLI, BALOO
y BAGHEERA



Los BANDAR-LOG,
los monos grises

Canción de las fieras que salen a cazar

PIES SILENCIOSOS.

OJOS QUE TRASPASAN LA NOCHE.

OÍDOS QUE DISTINGUEN LOS RUIDOS.

DIENTES PREPARADOS.

TODAS SOMOS ASÍ, LAS FIERAS DE LA SELVA.



Nadie puede imaginar lo feliz que fue la vida de Mowgli con los lobos. Creció junto a los lobatos pero ellos lo hicieron más rápido: los lobatos ya eran adultos cuando Mowgli era todavía un niño pequeño.

Padre Lobo le enseñó a comprender el significado de todos los ruidos de la Selva: un crujido en la hierba, un soplo de aire en la noche, el ululular de los búhos sobre su cabeza, los ruidos que hacen los murciélagos al detener su vuelo sobre un tronco, el chapoteo de un pez cuando salta en el agua.

Mowgli se tendía al sol en los momentos en que no tenía que aprender algo. Si era fuerte el calor, se iba a nadar a las lagunas cercanas. Había aprendido de Baloo que las nueces con miel son lo más exquisito del mundo y trepaba a los árboles para buscarlas. El viejo oso pardo estaba orgulloso de tener un alumno tan inteligente.



Los lobatos aprenden solo lo que tiene que ver con las necesidades de su manada: conseguir presas para alimentarse y distinguir los ruidos que indican la cercanía de algún enemigo peligroso. Es lo único que les interesa de la Ley de la Selva.



A Mowgli, Baloo le enseñó cómo distinguir una rama sana de una carcomida; le aconsejó hablar suavemente al pasar debajo de las colmenas de las abejas salvajes; le explicó qué palabras decirle a Mang, el murciélagos, cuando él se empeñaba en no dejarlo dormir y también las palabras que tenía que emplear con las serpientes de agua antes de lanzarse a una laguna para nadar entre ellas.

Fue muy importante para Mowgli aprender de su maestro la consigna que debe repetir un cazador al llegar a un territorio extraño: «Dadme permiso para cazar en tus tierras. Tengo hambre». Si la respuesta es: «Puedes cazar, pero solamente para comer»; el cazador ingresa, pero nunca debe olvidar el acuerdo.

Bagheera, por su parte, le había enseñado a trepar. La pantera era muy cariñosa con el niño. Como jugando, se tendía sobre una rama y lo llamaba. Las primeras veces, Mowgli se agarraba con torpeza de los troncos hasta llegar junto a su maestra. Pero poco a poco empezó a volar de una rama a otra como los monos grises.

Un día, Bagheera, la pantera, le dijo a Baloo:

—Debes tener en cuenta que todavía es un cachorro. ¡Su cabeza es pequeña y todas tus enseñanzas no pueden entrar en ella!

—Tú sabes, amiga —respondió Baloo—, que en la selva hay muchos peligros y trato de que Mowgli sepa protegerse.

El oso alzó la cabeza y dijo:

—Ven aquí, pequeño.

Desde el lugar al que se había trepado, respondió Mowgli con voz malhumorada:

—Tus palabras me zumban como si tuviera un enjambre en la cabeza.

Mientras se deslizaba por el tronco de un árbol y bajaba a tierra, seguía hablando:

—Y debes saber que vengo por Bagheera y no por ti, Baloo, que siempre me retas.

—No doy importancia a lo que dices —dijo Baloo, aunque realmente se sintió herido por las expresiones de Mowgli.

—Repítele a Bagheera las Palabras Mágicas de la Selva que has aprendido hoy conmigo, cachorro desagradecido —agregó Baloo todavía enojado.



Las Palabras Mágicas forman un conjunto de lenguajes; son los modos de comunicarse entre sí que tienen las distintas familias de fieras que habitan la selva.



—Sé muchos lenguajes, ¿cuál debo hablar? —preguntó Mowgli bastante orgulloso.

—Habla con las palabras de los pájaros.

Mowgli repitió algunas palabras y al final silbó como lo hace el buitre.

—Ahora quiero que me digas las palabras de las serpientes —pidió Bagheera.

Mowgli contestó con un silbido imposible de describir. Hizo luego una pirueta salvaje y él mismo aplaudió su propia habilidad, saltó sobre el lomo de la pantera y, desde allí, le hizo unas muecas a Baloo.



De pronto, Mowgli dijo:

—Hoy los monos grises bajaron de sus árboles, me dieron nueces y otras frutas de riquísimo sabor.

—Mowgli, ¿has hablado con los Bandar-log? —dijo Baloo enfurecido.

—Me dijeron que eran mis hermanos. Sólo hay una pequeña diferencia entre nosotros, yo no tengo cola. Pero ellos andan sobre dos pies igual que yo. Prometieron que algún día yo sería su jefe.

—Cachorro humano, quiero que me oigas bien —lo interrumpió Baloo con voz de trueno—. Puedes jugar con todos los animales de la selva menos con los Bandar-log.

Mowgli fijó sus ojos en Bagheera. Quería saber si la pantera se había enfadado tanto como el oso. La expresión de la pantera era de furia, sus ojos brillaban como piedras de jade.

—Los monos grises mienten siempre. Jamás han tenido jefe —dijo Bagheera en el colmo de la indignación.

—Fueron amables conmigo. Baloo, no seas malo. Quiero volver a jugar con ellos.

—Debes saber, Mowgli —le dijo cariñosamente Bagheera—, que los monos grises no tienen Ley, ni tienen memoria. Si se les presenta un problema, ven caer una nuez, se distraen y se olvidan de todo.

—Son animales traicioneros y desalmados, pequeña Rana. Por eso queremos cuidarte de ellos, créenos, Mowgli —agregó Baloo.

Apenas acabó de hablar, cayó desde lo alto de los árboles una lluvia de frutos y ramas, y se oyó en las alturas una sinfonía de aullidos y saltos locos.



Las fieras que viven en la selva no suelen mirar hacia lo alto. Por eso los Bandar-log jamás se cruzan con los demás animales. Se desplazan de rama en rama, son muchos y allá en lo alto pelean entre ellos, cantan canciones tontas en un lenguaje que ni ellos mismos entienden y arrojan desperdicios para molestar a los demás.



—El Pueblo de la selva no puede tener trato con los Bandar-log. ¡Está prohibido! —afirmó Bagheera.

En ese momento se repitió el chaparrón de basura. Baloo y Bagheera se fueron corriendo hacia otro lugar arrastrando consigo a Mowgli.



Parte II

CAPÍTULO III

Mowgli y los Bandar-log

Personajes



BALOO y BAGHEERA



RANN, el buitre



KAA, la serpiente pitón



Los BANDAR-LOG

Canción de los Bandar-log

GUIRNALDA DE ALEGRÍA, CARA AL CIELO,
A LA LUZ DE LA LUNA CAMINAMOS.
COLGADOS DE LAS RAMAS, EN SILENCIO,
SOÑAMOS CON BATALLAS Y CONQUISTAS.
NIÑO, HAZTE UNO DE LOS NUESTROS.
¡TENER SOLO DOS MANOS! ¡QUÉ DESDICHА!
NIÑO, HAZTE UNO DE LOS NUESTROS.
EN TU CUERPO YA EL RABO SE ADIVINA.



Después de mucho andar, Mowgli, Bagheera y Baloo decidieron descansar en un lugar donde creían estar protegidos de un nuevo ataque de los monos grises. El niño se echó a dormir entre el oso y la pantera. Entre sueños, decidió que jamás volvería a acercarse a los Bandar-log.

Pero, sin hacer ruido alguno, los Bandar-log los habían seguido por toda la selva. Uno de ellos había descubierto algo que a todos los demás les pareció magnífico: Mowgli sabía entrelazar ramas y tejer unas redes que les servían a los monos grises para protegerse del viento. ¡Por eso querían llevárselo al niño a su tribu!

El siguiente recuerdo del cachorro humano fue verse atrapado por unas manos fuertes y sentirse inmovilizado. El choque con hojas y ramas lo hizo terminar de despertarse, miró hacia abajo desde la altura de los árboles y sintió miedo.

Cuando Baloo descubrió que habían raptado a Mowgli, despertó a toda la selva con sus rugidos. Bagheera iba de árbol en árbol, mostrando sus terribles dientes.

Dos fuertes monos habían tomado a Mowgli por los brazos y lo llevaban hasta lo más alto de los árboles, con unos saltos de siete metros.

Mowgli estaba mareado. Entre resoplidos, saltos y chillidos, los Bandar-log siguieron su camino loco. Mowgli era su prisionero y el muchachito solo quería avisar a sus amigos. Dada la velocidad con que los monos huían, se daba cuenta de que Baloo y Bagheera iban a quedar atrás.

Por un momento dirigió su mirada al cielo inmenso y azul, y vio a Rann, el buitre. Rann descendió unos cientos de metros en picada para ver qué presa se llevaban los monos y oyó gritar a Mowgli.

—Avísale a Baloo —gritó el chico.

—Dime tu nombre, amigo —dijo el buitre sorprendido porque nunca había visto a Mowgli, aunque había oído hablar de él.

—Soy Mowgli, la Rana. Me llaman cachorro humano.

Rann lanzó un silbido como respuesta y se elevó hasta quedar como un puntito insignificante en el cielo. Mientras, con sus ojos penetrantes seguía el camino de los monos y de su prisionero.

—Poco va a durar su huida —dijo riéndose—. Baloo y Bagheera no son fieras miedosas. Estos monos se van a arrepentir.

Por su parte, el oso y la pantera corrían llenos de furor tratando de seguirlos.

—Es posible que los alcancemos —decía Baloo extenuado—. Pero temo que, si se asustan, dejen caer al niño.

—¿Quién se puede fiar de los monos? —exclamó Bagheera.



En la selva cada animal tiene su propio miedo. Dicen que los elefantes temen a los ratones. El miedo de los monos es Kaa, la serpiente pitón. Sube a los árboles tan bien como los monos grises y les roba sus crías por las noches. Cuando los Bandar-log oyen el nombre de Kaa, sus dientes castañetean de miedo.



—Vamos a hacer una visita a Kaa —dijo de pronto la pantera.

—Ella también es un saco de maldad —respondió el oso.

—Tan vieja como astuta —continuó Bagheera—. Y siempre hambrienta. Entre nosotros dos, amigo, seremos capaces de convencerla.

Baloo frotó amistosamente el lomo de la pantera. Y los dos se fueron en busca de Kaa, la pitón, que vive en las rocas.

La encontraron tendida al sol en un peñasco. Contemplaba su propia piel, hermosa y nueva. Díez días había tardado en cambiarla. La fuerza de Kaa reside en su capacidad de enroscarse alrededor del cuerpo de sus presas y apretarlas.

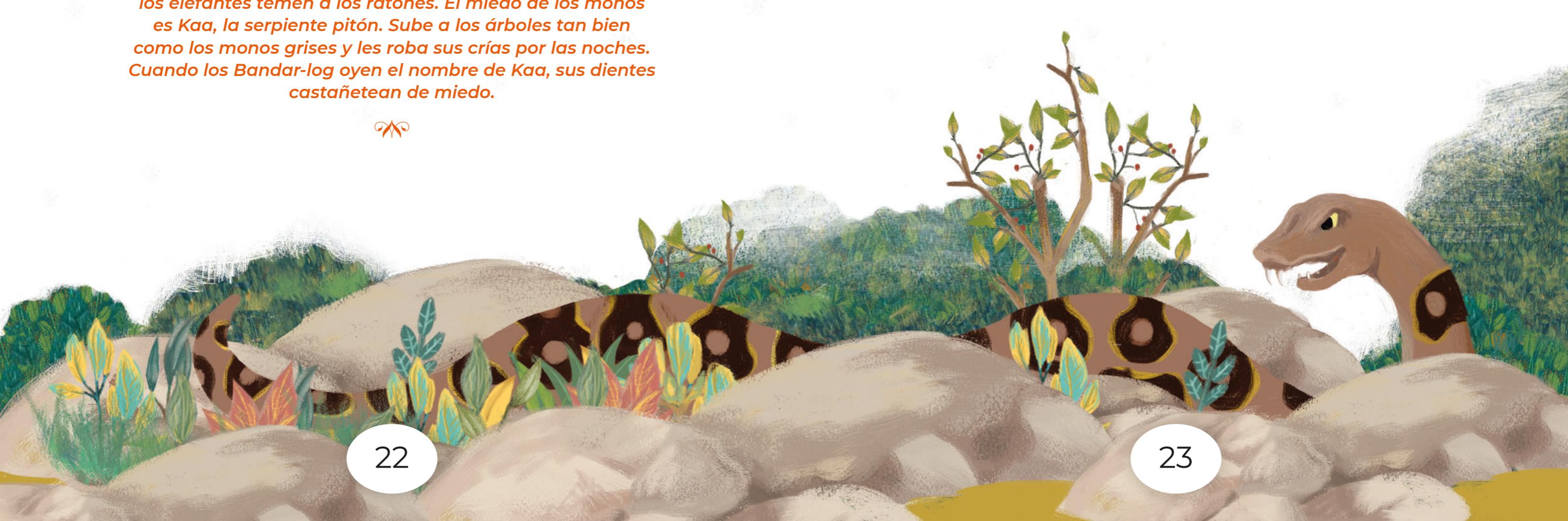
Cuando vio acercarse a Baloo y Bagheera se preparó para el ataque enrollándose como una espiral.

—Necesito comer —dijo.

—Vamos de caza —dijo Baloo sin dar importancia a sus palabras—. No es bueno apurar a las serpientes.

—Déjenme ir con ustedes —les rogó Kaa.

—Los Bandar-log cuentan que eres una lombriz de tierra, miserable y sin patas —comentó como al pasar Bagheera.



A Kaa se le hincharon de ira los músculos del cuello.
—Los monos han abandonado su territorio. Los estamos siguiendo —prosiguió la pantera con aparente tranquilidad.

—Pues podemos seguir su rastro —respondió Kaa.

—El asunto es este —dijo Bagheera—, esos miserables han robado al cachorro humano. Y sabemos, Kaa, que tú eres el único animal de la selva al que le temen.

—Y no les faltan motivos para temer —agregó la pitón—. Sobre todo ahora que me han llamado..., me han llamado...

—Lombriz de tierra —completó Bagheera.

—¡Eh! ¡Baloo, mira hacia arriba! —se oyó gritar de pronto—. ¡Mira hacia arriba!

Baloo vio a Rann, el buitre, que nuevamente caía en picada desde el cielo. El sol alumbraba el borde de sus alas.

—¿Traes noticias? —preguntó Baloo con ansiedad.

—He visto a Mowgli entre los monos. Me encargó que te lo dijera. Se lo han llevado a la ciudad de los monos, del otro lado del río —respondió el buitre y retomó altura.

—¡Felices sueños, Rann! —gritó Bagheera llena de alegría—.

¡Vayamos! —dijo a Baloo y a Kaa.

—Iré a mi máxima velocidad —dijo el oso preocupado.

Bagheera echó a andar. Kaa se adelantó a la pantera y solo dijo:

—Tengo hambre. Y además me han llamado rana manchada.

—Lombriz de tierra te han llamado —corrigió Bagheera con exactitud.

Los Bandar-log, entre tanto, llegaron con el muchacho a la ciudad perdida. Mowgli no había visto jamás una ciudad y, aunque estaba abandonada y era un montón de ruinas, le pareció deslumbrante.

—Quiero comer —dijo Mowgli.

Veinte o treinta monos se lanzaron fuera de la ciudad en busca de nueces silvestres. Pero, como siempre, empezaron a pelearse y dejaron caer las nueces que traían.

Mowgli estaba magullado, malhumorado y hambriento. Dio vueltas por la ciudad abandonada. Vio en el cielo formarse una nube y se dijo:

—Si cubre la luna, aprovecharé la oscuridad para escapar.

Los amigos de Mowgli contemplaban la misma nube desde el otro lado de las murallas de la ciudad.

—Yo me dirigiré hacia el oeste —susurró Kaa—. Desde allí podré lanzarme contra los monos.

Bagheera respondió:

—Esperaré a que la nube cubra la luna y subiré la muralla.

Mowgli creyó oír los rapidísimos pasos de Bagheera que se acercaba y vio cómo brillaba la negrísima piel de su amiga cuando saltó desde la muralla hacia el interior de la ciudad.

De repente, estalló un ruido tremendo; cientos de monos se lanzaron contra Bagheera.

La luna iluminó un pozo de agua entre las ruinas y Mowgli se arrojó en él. Oía los aullidos de los monos y el chasquido de las mandíbulas de Bagheera.

La pantera vio que Mowgli estaba a salvo y sintió que sus fuerzas renacían. En ese momento oyó una voz que llegaba desde las ruinas del muro. Era el grito salvaje de Baloo que había podido alcanzar a su compañera.

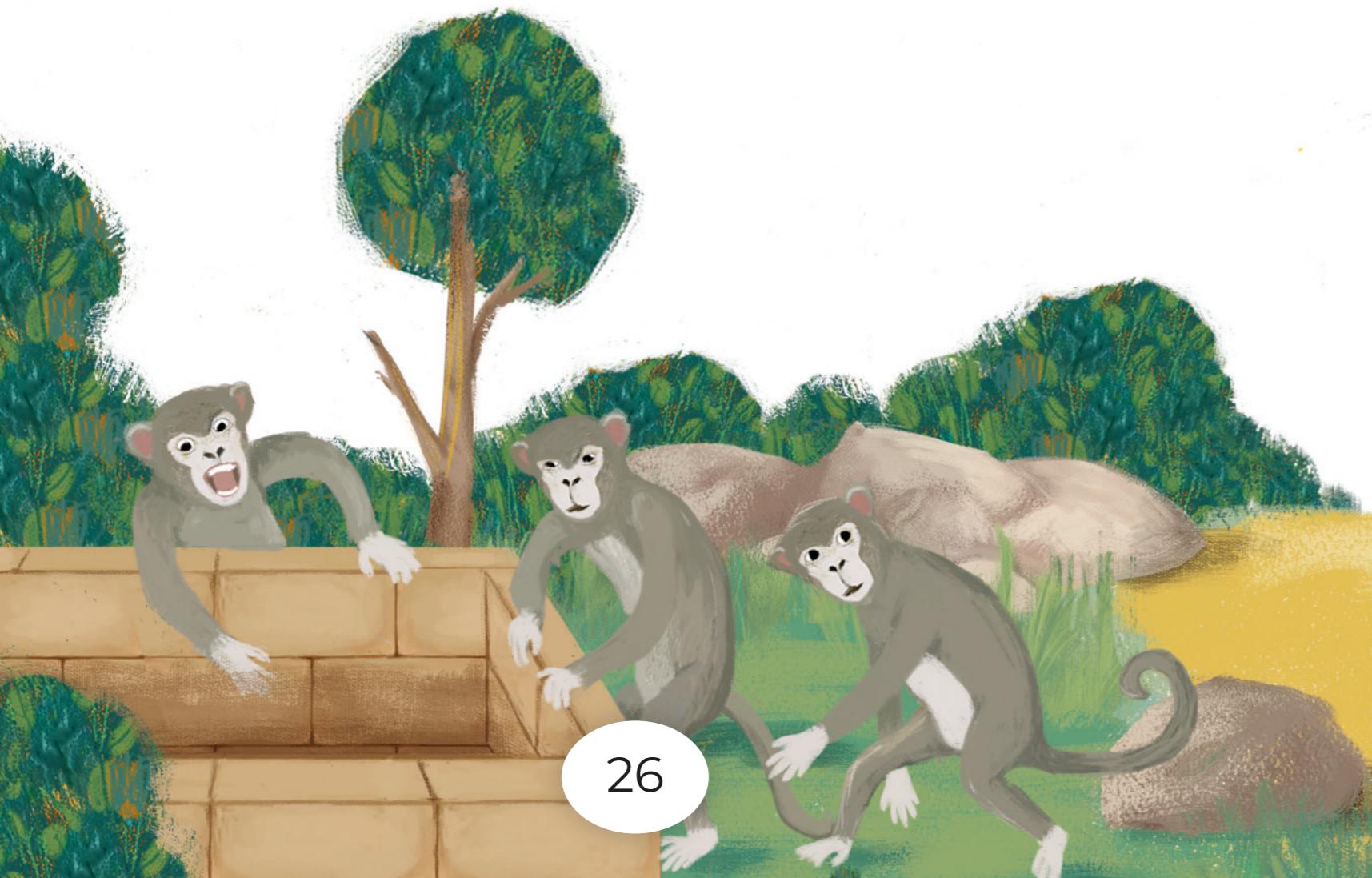
—Bagheera, estoy contigo —gritó—. Voy a ayudarte.

El oso, casi sin aliento, se afianzó sobre las patas traseras y con las delanteras iba arrojando monos a derecha e izquierda. Mowgli, desde el pozo en el que se había refugiado, escuchaba plaf, plaf, plaf, el ruido de los monos al caer.

Casi sin aliento, la pantera había empezado a retroceder hacia el pozo donde se hallaba Mowgli. Pocos segundos después, el chico sintió el ruido del cuerpo de Bagheera que caía en el agua, a su lado. Los monos la esperaban amenazantes alrededor del pozo.

La pantera levantó la cabeza y lanzó un grito que entienden muy bien las serpientes.

Baloo estaba medio aplastado por los monos, pero no pudo evitar la risa cuando se dio cuenta de que hasta Bagheera pedía auxilio.



En ese momento, Kaa hacía ejercicios formando una serie de anillos. Notó que estaba en buenas condiciones para la lucha y atacó sin dudarlo.



Las serpientes pitón son temibles en su primer ataque porque su cabeza tiene un enorme poder, como una lanza o como un martillo de media tonelada. Desenrosca la espiral de su cuerpo, balancea su cabeza en lo alto y de un solo golpe puede derribar a un hombre fornido.



Kaa embistió hacia el centro de la enorme masa de monos que aplastaba a Baloo. Lo hizo silenciosamente. No necesitó repetir el ataque. Los monos huyeron despavoridos gritando:

—¡Es Kaa! ¡Corran! ¡Pónganse a salvo!

Kaa era el terror de los Bandar-log. Hasta los monos más hábiles caían en la trampa porque la pitón permanecía inmóvil como una rama y, de pronto, se erguía, los rodeaba con sus anillos y se los llevaba. Ninguno había escapado con vida de su abrazo.

El terror de los monos permitió que Baloo pudiera empezar a respirar; la lucha había sido agotadora. Kaa lanzó un silbido largo y penetrante. Cesó en ese momento el griterío de todos los monos que se habían refugiado por allí. En el silencio, Mowgli oyó cómo Bagheera salía del pozo y se sacudía el agua.

—¿Cómo te encuentras, Baloo? —interrogó Bagheera a su amigo el oso.
—¡Waaaa! Siento dolores por todo el cuerpo —contestó con seriedad Baloo estirando las patas.



La pantera no dejó de agradecer a la pitón:
—Kaa, Baloo y yo te debemos la vida.
—No tiene importancia. ¿Dónde está el hombrecito?
—¡Aquí, en el pozo. No puedo salir! —les gritó Mowgli.



En las antiguas ciudades se cavaban pozos para acumular el agua. Se los construía de mármol; una parte era subterránea y otra se alzaba sobre la superficie.



Kaa exclamó:
—Mowgli, retírate. Voy a derribar la pared de este hoyo.

La pitón calculó la distancia, se alzó unos dos metros y propinó al muro varios golpes con su dura cabeza. Cayeron grandes trozos de mármol entre ruido y polvo. Mowgli salió por el boquete que se había abierto y se guareció entre Baloo y Bagheera, echando un brazo al cuello de cada uno.

La luna se empezaba a ocultar tras las colinas. Entonces Kaa, con un extraño chasquido de mandíbulas, se dirigió a los Bandar-log:
—Hay luz suficiente para que me vean —dijo Kaa a los monos grises—. Empieza la danza, mi danza del hambre.

Los monos grises permanecían silenciosos e inmóviles, como hipnotizados de terror.

Mowgli no acababa de entender lo que veía. Se apoyó sobre sus amigos para apartarlos de aquel lugar. Cuando se alejaron de la muralla, los tres echaron a correr. Parecía que huían de una horrible pesadilla.



CAPÍTULO IV

Diez años después

Personajes



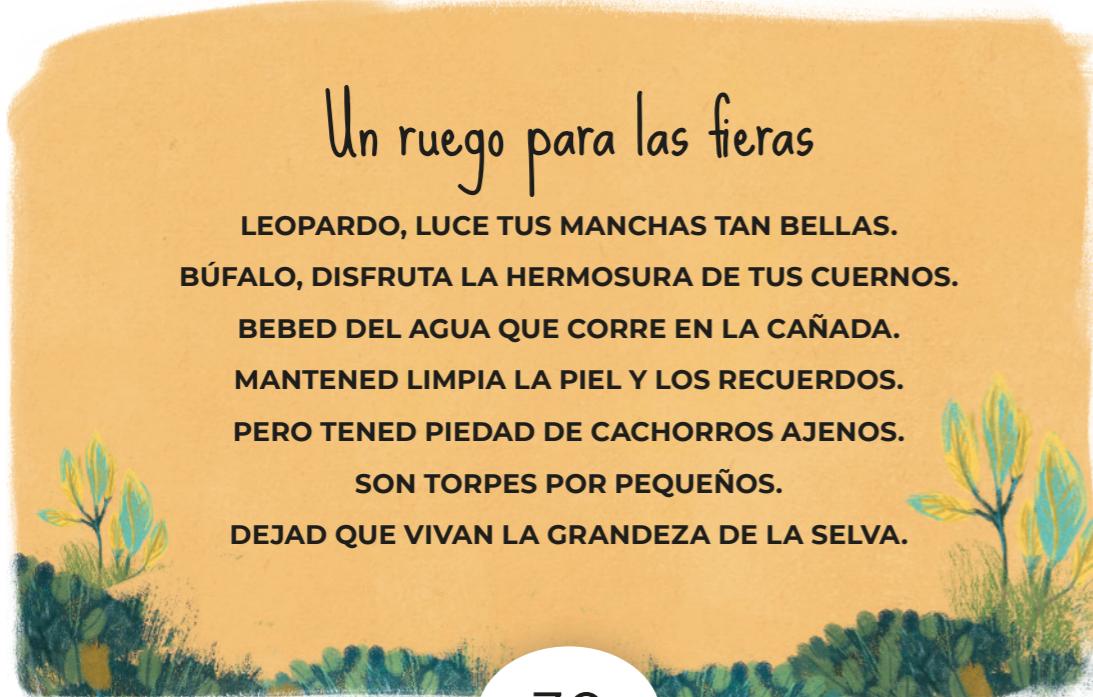
SHERE KHAN, el tigre



MOWGLI y BAGHEERA



AKELA, el anciano jefede la manada de lobos



Los años han pasado. El cachorro humano es un muchacho. En las reuniones del Consejo, se dio cuenta de que, si miraba fijamente a un lobo, lo obligaba a bajar la vista.

Algunas veces le parecía divertido. Otras veces se aburría tanto que se entretenía arrancando del pelaje de sus amigos las largas espinas que les causaban un dolor terrible.

En las noches, corría velozmente por la colina para ver a los campesinos descansando en sus chozas. Sin embargo, Mowgli observaba de lejos porque no confiaba en los hombres.

Shere Khan se le cruzaba muy a menudo por la selva; parecía hacerlo a propósito. Akela, el jefe de la manada, le hubiera prohibido al tigre acercarse a Mowgli, pero ya no podía imponer su autoridad porque estaba muy viejo. Con malas intenciones, Shere Khan se había hecho compañero de los lobos más jóvenes. Les decía que no comprendía cómo unos lobos tan fuertes se dejaban guiar mansamente por un lobo tan viejo. Los jóvenes lobos se sentían humillados y gruñían con el pelo erizado.

Bagheera, que parecía enterarse de todo, le repetía a Mowgli con frecuencia que Shere Khan quería matarlo. Pero Mowgli se reía:

—Estoy seguro contigo y con la manada. Y también Baloo saldrá en mi defensa. No tengo miedo.



Un día muy caluroso, Bagheera le dijo a Mowgli en el momento en que el muchacho había tomado su lomo por almohada:

—¿Cuántas veces te he dicho que Shere Khan es tu enemigo?

—Creo que tantas veces como frutos cuelgan de esa palmera. (Mowgli no sabía contar).

—¡Ah! —recordó Mowgli—. El otro día, Tabaqui me dijo que yo no era más que una cría de hombre. Pero recibí su merecido pues lo agarré por la cola y le di un par de golpes contra una palmera. ¡Para que aprenda a ser más educado!

—Hiciste una tontería. Tabaqui es una chismosa, pero probablemente te hubiera dicho que Shere Khan no se atreve a matarte en la selva porque Akela te protege. El tigre espera porque sabe que el anciano Akela pronto dejará de ser el jefe de la manada.



Entre los lobos, el mejor cazador es el jefe de la manada. Cuando el lobo envejece y no tiene fuerzas para cazar una gacela, es decir, para conseguir por su cuenta el propio alimento, deja de ser el jefe. Desde ese momento, los miembros de la manada lo llaman Lobo Muerto hasta el fin de sus días, que no suelen ser muchos.



Bagheera siguió hablando:

—A los lobos jóvenes, Shere Khan les ha metido en la cabeza que tú no tienes derecho a pertenecer a la manada. Muy pronto serás un hombre.

—Pues, ¿qué tiene de malo el hombre para no poder vivir con sus hermanos? —preguntó Mowgli—. Nací en la selva; respeto su Ley. A todos los lobos de la manada les he arrancado alguna espina. ¿Acaso no son mis hermanos?



El pulgar de la mano del hombre, amiguito, se opone a los otros dedos; puede tocarlos y por eso, a diferencia de las fieras que encuentras en la selva, logra tomar entre sus dedos objetos tan delgados como una espina y tirar de ella.

—No sabía nada de todo eso —susurró Mowgli triste.

—Tienes que ser prudente. En cuanto a Akela se le escape un ciervo, cualquier día de estos, toda la manada se enfrentará a él, convocarán al Consejo y tú también correrás peligro.

De pronto, Bagheera se levantó y le ordenó a Mowgli:

—Vete a donde habitan los hombres. Quítale una parte de la Flor Roja que ellos cultivan. Será tu salvación. Ve a buscar enseguida la Flor Roja.

La Flor Roja es el fuego. En la selva, tanto le temen las fieras al fuego que no se atreven a llamarlo por su nombre.

—¿La Flor Roja? —dijo Mowgli—. ¿La que cultivan los hombres fuera de sus chozas al anochecer?

—La cultivan en una especie de cuenco pequeño —explicó Bagheera—. Trae una flor roja y guárdala para cuando la necesites.

—Voy a buscarla —dijo el cachorro de hombre.

Cruzó el bosque a toda carrera. Poco a poco se acercó a las tierras de los hombres.

Al llegar allí se ocultó para mirar por una ventana. Vio el fuego que ardía en el suelo. La esposa del campesino soplaba sobre él y le arrojaba ramas secas.

Por la mañana, cuando la niebla cubría el campo con un manto lechoso, Mowgli vio que un muchacho se acercaba al fuego con un recipiente de barro y con una pala lo llenaba de brasas. Lo cubrió luego con una manta y salió hacia el establo a cuidar a los búfalos. Mowgli dobló la esquina, se dirigió hacia el muchacho, le arrebató el recipiente y desapareció en la niebla.

—Ese muchacho es casi igual a mí —pensó Mowgli mientras corría y soplaba el fuego.

Empezó a avivarlo con ramas y cortezas de árbol. Cuando subía, encontró a Bagheera. Su piel brillaba iluminada por las gotas de rocío.

—Akela falló —dijo la pantera—. El ciervo logró derribarlo.

—Estoy preparado —exclamó Mowgli y levantó el cuenco que arrojaba chispas.

—He visto que los hombres —le indicó Bagheera—, acercaban una rama seca y brotaba la flor. ¿Tienes miedo de hacerlo?

—No. ¿Por qué iba a tener miedo?





Durante todo el día Mowgli echó ramas secas hasta que encontró por fin la que buscaba. Al arrimarla al fuego, en el extremo de su rama se produjo una llama brillante y viva.

Mowgli se dirigió al Consejo sin perder la sonrisa. Akela se encontraba echado cerca del sitio que antes ocupaba. Era la señal de que había dejado de ser el jefe de la manada. Shere Khan se paseaba de un lado a otro lleno de orgullo. Bagheera estaba junto a Mowgli que mantenía entre sus brazos el recipiente con el fuego.

Cuando todos los lobos estuvieron allí, Shere Khan intentó tomar la palabra. Jamás lo habría hecho si Akela siguiera siendo el jefe.

Mowgli se puso de pie.

—¡Pueblo de Lobos! —gritó—. ¿Desde cuándo un tigre dirige nuestra manada?

Se oyeron los aullidos de los jóvenes lobos que se habían hecho amigos de Shere Khan:

—Cállate, cachorro humano.

Los ancianos de la manada se impusieron y dijeron a gritos:
—Que hable Lobo Muerto.

Shere Khan dijo con un rugido:

—Dejemos a ese viejo lobo... ¡Entréguenme al cachorro de hombre! ¿No están hartos de intentar hacer de él un lobo? Es simplemente un hombre. Lo odio.

Entonces se oyó un aullido espantoso de muchos de los lobos que estaban allí reunidos:

—¡Un hombre! ¡Nada tiene que ver con nosotros! ¡Que se vaya con los suyos!

Akela levantó la cabeza:

—Ha comido con nosotros, nos ha ayudado a cazar, nada ha hecho contra la Ley de la Selva.

—Recuerden que yo pagué un toro por su rescate —exclamó Bagheera—. Por mi honor, estoy dispuesta a defenderlo.

—Un cachorro humano jamás podrá vivir con el Pueblo de los Lobos. Entréguenmelo —insistió Shere Khan.

—¡Es un hombre! —se oyó gruñir a los lobos.



Shere Khan se azotaba los costados del cuerpo con la cola.
—Lo dejo todo en tus manos, Mowgli —dijo Bagheera—. Creo que vamos a tener que luchar.

Mowgli se levantó. Llevaba entre sus manos el recipiente con el fuego.
—¡Escúchenme todos! —gritó—. Me han dicho esta noche que soy un hombre. ¡Desde ahora seré un hombre! Por eso, he traído una parte de la Flor Roja que tanto terror causa.

Mowgli arrojó al suelo el recipiente con las brasas. Las chispas que saltaron encendieron la hierba seca de inmediato. Los lobos retrocedieron asustados.

Mowgli apoyó sobre el fuego la rama que tenía preparada. Cuando ardió, la alzó y la agitó por encima de la manada.

El fuego iluminaba a Mowgli. La cabellera le caía sobre los hombros.
—Abandono la manada —dijo mirando a todos—. Pero cuando esté entre los hombres, jamás traicionaré a los lobos.

Dio un tremendo puntapié al fuego y las chispas llenaron el aire.
—Nunca habrá guerra entre nosotros —continuó—. Pero antes, tengo que ajustar cuentas con alguien.

Caminó a grandes pasos hacia Shere Khan que miraba fijamente las llamas.

—Levántate —gritó Mowgli—. Cuando te habla un hombre, debes levantarte.

Shere Khan vio demasiado cerca la terrible Flor Roja, bajó las orejas y cerró los ojos.

Mowgli alzó la rama y golpeó a Shere Khan en la cabeza. El tigre lanzó un aullido y huyó aterrorizado.

Mowgli abandonó la manada. Marchó por un camino que lo dejó en el valle y luego aceleró el paso hasta llegar a una región desconocida. Se sentó tranquilo junto a la entrada. Vio venir a un hombre y se levantó. Le hizo saber con signos muy claros, señalando su boca abierta, que tenía hambre. El hombre lo miró. Salió corriendo por las calles de la aldea y llamó a gritos a sus vecinos. Llegaron a reunirse muchas personas. Todas gritaban y señalaban al muchacho.

—El Pueblo de los Hombres no tiene educación —se dijo Mowgli—. Se comportan como los monos grises.

Y apartó hacia atrás su melena.

—¿Se puede saber qué temen? —dijo uno de los campesinos—. Miren sus cicatrices. Son los mordiscos que le han dado los lobos.

Los pensamientos de Mowgli

LLORO Y CANTO JUBILOSO.

SOY DOS PERSONAS, DOS MOWGLIS.

LUCHAN EN MÍ DOS SENTIMIENTOS.

PARA LOS LOBOS, SOY UN HOMBRE.

PARA LOS HOMBRES, SOY UN LOBO.

**DIRECCIÓN
GENERAL DE
CULTURA Y
EDUCACIÓN**



**GOBIERNO DE LA
PROVINCIA DE
BUENOS
AIRES**

